

tamente independiente en sus operaciones militares, no puede menos de disentir de su opinión; pues cuando las fuerzas de su digno mando tengan que obrar como auxiliares de la plaza de Puebla, *es indispensable que se observe la unidad de mando*, como base precisa para el mejor acierto de las operaciones que tengan que practicarse. Entonces, al general en jefe del ejército auxiliado toca designar el tiempo, lugar y demás circunstancias en que crea conveniente que se le preste el auxilio; pues de otra manera, obrando aisladamente ó por medio de previos acuerdos, difícil de tenerse en esos casos, *se perderían oportunidades que casi siempre son las que, aprovechadas en la guerra, deciden del éxito de los combates*. Conviene, pues, que en estas operaciones todo esté sujeto á la misma acción del jefe que hubiere combinado la defensa; y por esto se ha prevenido á vd. que cuando tenga que obrar en auxilio de la mencionada plaza de Puebla, obsequie las órdenes que le librare el general en jefe del ejército de Oriente.»¹

Lo anterior persuadirá sin duda al Sr. Bulnes de que el Sr. Juárez, lejos de discurrir *lo indiscutible, el mando bicéfalo catastrófico*, estableció la unidad de mando y la sostuvo con su característica é inquebrantable firmeza.

Pasaremos á indagar ahora si realmente el Sr. Juárez cometió el gravísimo error de condenar el plan de salida proyectado por el General González Ortega.

El 29 de abril, á las seis de la tarde, el General González Ortega comunicaba al General Comonfort lo

¹ La misma obra, pág. 19.

siguiente: «Ya no tengo absolutamente víveres para el ejército, ni de donde sacarlos en lo sucesivo: llegó, pues, el momento que esperaba para dejar bien puesto el honor de las armas de México obedeciendo á una necesidad imperiosa. Me es, pues, ya preciso romper el sitio, lo que verificaré arrollando dos campamentos del enemigo; para ello cuento con la fuerza suficiente.

«Espero por lo mismo que vd. situará sus fuerzas convenientemente el día 2 del entrante para que á la madrugada del día 3 pueda vd. quedar situado en la margen derecha del río Atoyac, amagando pasar por el vado de la Noria y de Agua azul, apoyando su izquierda en el camino mismo de Cholula. Este movimiento puede darnos por resultado aún la derrota del ejército francés. No le doy á vd. mas pormenores porque temo que este pliego caiga en poder del enemigo. Los ataques voy á dárselos por puntos por donde ni remotamente los espera.

«La seña que me pondrá vd. de haber recibido esta carta, será la siguiente: una lumbrada grande que pueda distinguirla desde esta ciudad en la loma en que se halla la iglesia de Ocotlan ó en el cerro de S^{ta} Pedro Tlaltenango, caso de que el primer punto se halle ocupado por el enemigo.»¹

Las órdenes terminantes que el General Comonfort había recibido oportunamente de la Secretaría de Guerra, lo obligaban á obedecer al punto las indicaciones del General González Ortega, tanto más cuanto que era del todo preciso aprovechar la demoralización que había cundido en las filas enemigas.

¹ Nota autógrafa en mi poder.

gas á consecuencia de la derrota que sufrieron el día 25. Pero el General Comonfort no cumplió con este deber, sea por espíritu de emulación, sea porque en realidad juzgara desacertado el plan de evacuación, y, para atenuar su falta, pidió instrucciones al Sr. Juárez por carta reservada escrita el mismo día 29, que iba acompañada de unas reflexiones privadas, en las que indicaba claramente que creía preferible dejar que Puebla cayese en poder del enemigo: si «el Ejército del Centro se conserva, decía, aun perdido Puebla, con los restos que se salven de su guarnición puede hacerse una segunda defensa en México, tan vigorosa y prolongada como la de Puebla, contando con el poderoso auxiliar de la estación de las aguas que se aproxima ya y que nos inunda casi toda la circunferencia, y con la dificultad que hay para establecer un sitio formal á la capital.» I Tan pronto como recibió el Sr. Juárez la carta y reflexiones del Sr. Comonfort, reunió en consejo á sus Secretarios de Estado, y á raíz de deliberar con ellos, escribió al General Comonfort, de su puño y letra, una carta que tiene igualmente fecha 29, donde le manifestaba: «Después de meditar mucho sobre la carta del Sr. Ortega y conferenciar con el gabinete se ha acordado q. a todo trance se auxilie a la plaza con víveres y municiones y con la violencia posible y solo en el caso en que no puedan introducirse esos víveres se procure también a todo trance proteger la evacuación de la plaza salvando todos los elementos q. se pueda; pero si ni aun

1 Obran en mi poder las minutas originales de la carta y reflexiones citadas arriba.

esto no es posible entonces para conseguirlo deben unirse los dos ejércitos para dar una batalla en cuyo caso, y aquí necesito de tu patriotismo y abnegación, tendrá el mando el Sr. Gral. Ortega siendo tu el 2º en jefe en la batalla.» I

Idénticas instrucciones fueron comunicadas oficialmente al General Comonfort por la Secretaría de Guerra. 2

Tales documentos, plenamente auténticos, demuestran que el Sr. Juárez no se opuso á la salida del Ejército de Oriente, y que antes bien la aprobó y ordenó, y de nuevo previno al General Comonfort debía quedar sujeto al mando del General González Ortega, aun el caso no previsto hasta entonces de que se diera una batalla decisiva.

No sabemos si el General Comonfort cuidó de estudiar cuál de los tres medios señalados por el Sr. Juárez era el más posible y realizable. Lo cierto es que violentamente formó un plan para introducir víveres y municiones á Puebla por San Pablo del Monte, en combinación con las fuerzas sitiadas, que debían desprender oportunamente una fuerte columna de cinco ó seis mil hombres sobre el ejército francés; y que habiendo comunicado el General Comonfort dicho plan por carta fecha 30 de abril 3 al General González Ortega, recibió la siguiente contestación, fecha 1º de mayo: «Estoy de absoluta conformidad con el plan que U. me propone; en consecuencia, prescindo ya del plan

1 Esta carta obra autógrafa en mi poder.

2 La comunicación autógrafa correspondiente obra en mi poder.

3 Obra en mi poder la minuta original respectiva.

que me había propuesto realizar la madrugada del día 3 para lo que dije á U. moviera sus fuerzas para el rumbo que lo creí conveniente.

«A U. pues, toca realizar el plan de que me habla. Por mi parte esté U. seguro que haré cuanto U. me indica en su carta citada pues todo es de mi aprobación y aun le ofrezco sobrepujar á los deseos de U.» 1

Incidentes fortuitos que nadie pudo adivinar, hicieron que fracasara el plan convenido. Los señalaremos aquí, á grandes rasgos, según los documentos inéditos, donde constan originalmente.

El 4 de mayo principió á movilizarse la mayor parte del Ejército del Centro; la marcha fué penosísima y dilatada por el mal estado del camino, en el que á cada paso se atascaban los pesados carros que conducían los víveres y las municiones. 2

Vino á agravar tan difícil situación, un fuerte huracán y una lluvia continua que entorpecieron en extremo el avance; la lluvia duró desde la tarde del día 4 hasta las 4 de la mañana del siguiente día, hora en que el General Comonfort telegrafaba al Supremo Gobierno: «Ha llovido toda la noche y nuestras tropas, que no han tenido mas techo que la bóveda del Suelo, están desveladas y yertas de frío; sin embargo, están dando el último toque y dentro de una hora estaremos en marcha.» 3 Y efectivamente, las tropas continuaron su marcha con ánimo incólume, sobreponiéndose

1 Esta contestación obra autógrafa en mi poder.

2 Minuta original del Parte General rendido al Supremo Gobierno, el 12 de mayo de 1863, la cual obra en mi poder.

3 Obra en mi poder la minuta original correspondiente.

al cansancio y á la vigilia y los rigores del agua y del frío. El mismo día 5, las avanzadas vencieron al enemigo, resueltas é intrépidas, en el primer encuentro que tuvieron con él. Ocupado por el General Tomás O'Horán el pueblo de San Pablo del Monte, vinieron á combatirlo más de dos mil franceses, que, después de un reñido combate, se vieron obligados á huir dejando «á sus muertos en el campo contra su habitual costumbre;» el General O'Horán quedó dueño del pueblo disputado. 1 Desgraciadamente el huracán y la lluvia constante de que hemos hablado, fueron causa de que el ejército sitiado no pudiera secundar los movimientos del Ejército del Centro; el General O'Horán «permaneció en Sn. Pablo del Monte cerca de dos horas sin encontrar de la plaza la correspondencia que buscaba.» 2

Entretanto, la carestía de víveres era absoluta; ni para los hombres ni para las bestias se conseguía lo más necesario, no obstante haberse recomendado al Gobernador y Comandante Militar de Tlaxcala, dictara las órdenes convenientes para que en aquellos críticos momentos no faltase «al soldado el alimento preciso.» Con todo, las fuerzas republicanas conservaban enteros sus primeros bríos. Una columna de infantería y de caballería que fué destacada al mando del General Aureliano Rivera, á las 11 de la mañana del día 6, sobre el Cerro de la Cruz, logró desalojar por asalto al enemigo que en número considerable ocupaba la Ba-

1 Minuta original del Parte que dirigió el General Comonfort al Secretario de Guerra el día 5 á las tres de la tarde, la cual obra en mi poder.

2 La misma minuta.

rranca Honda, contigua al mismo cerro, le tomó y destruyó sus obras de fortificación haciéndole varios prisioneros y recogióle «bastantes armas,» mientras que los generales Rómulo Cuéllar y Miguel Echeagaray protegían respectivamente los flancos derecho é izquierdo de la columna asaltante. Replegadas las fuerzas enemigas hasta las faldas y cima del cerro, resistieron desde allí con un fuego nutrido: su número ascendía á unos nueve mil hombres. Sin embargo, las fuerzas republicanas mantuvieron la lucha con valor, decisión y fe; su General en Jefe se sentía justamente satisfecho al ver que se conducían bizarramente, rivalizando entre sí en arrojo y subordinación y sin dejarle nada que desear. De esta suerte sostuvieron el combate hasta las cinco y media de la tarde, hora en que los fuegos de una y otra parte tuvieron que cesar, á causa de un nuevo huracán que levantaba espesas nubes de polvo é impedía ver y dirigir los movimientos militares. Las fuerzas republicanas sólo tuvieron siete muertos y veinte heridos, entre estos el General Rivera. 1

Aprovechó el General Comonfort esta suspensión para comunicar por medio de una carta al General González Ortega todo lo ocurrido; le decía en ella: «Desde las torres de esa ciudad debe haberse visto la ac-

1 Minutas originales de los Partes que dirigió el General Comonfort al Secretario de Guerra el día 5 á las 9 de la noche, y el día 6 á las 11 de la mañana, y á la 1, 2 y 5 de la tarde; de una Comunicación dirigida al Gobernador y comandante Militar de Tlaxcala el día 5 y de una Carta escrita al General Felipe Berriozábal el día 6. Obra todas estas minutas en mi poder.

ción y por las lumbradas de la tropa conocerá ya los puntos á donde están situados mis campamentos. . . . Después de los reconocimientos muy escrupulosos que personalmente he practicado del terreno en toda la línea á menos de tiro de fusil del enemigo, he formado la opinión de que tomándonos un término de seis días lograremos sin duda que, obrando con energía y bajo una conuinacion bien calculada las fuerzas de ambos Ejércitos, esten de nuestra parte todas las probabilidades de un buen éxito siendo este á la vez menos costoso; de otro modo tendremos mucho que perder y algo que arriesgar en los resultados. Pero esto U. es el único que puede decidirlo concienzudamente en vista de sus circunstancias actuales, si U. quiere violentaremos nuestras operaciones, en cuyo caso la necesidad de que U. me auxilie con una Division respetable y la artillería competente es mas imperiosa que nunca.» 1 Empero, tal vez la carta no llegó á su destino, pues el Ejército sitiado no dió señales de secundar los movimientos de las fuerzas republicanas que venían á salvarlo.

El día 7 hubo simples tiroteos, que persuadieron, sin embargo, al Gral. Comonfort, de la desventaja de las armas de las tropas republicanas respecto de las usadas por las fuerzas enemigas. Escribía esto un tanto desalentado al General Juan J. de la Garza, cuyos soldados no habían podido incorporarse aún al Ejército del Centro: «Como llevamos dos días, agregaba, de constante fatiga en que las tropas se han maltratado mucho y no han podido ni alimentarse bien, y como

1 Obra en mi poder la minuta original respectiva. 8

ademas no haya yo logrado encontrar la corespondencia que se necesita de la plaza de Puebla; he dispuesto que descansen hoy mientras me dirijo al Sor. Ortega avisándole de los movimientos que me propongo emprender para que el con precision haga los suyos y de este modo aseguremos en lo posible el éxito de nuestra empresa.»

Las fuerzas del Ejército auxiliador estaban escalonadas del siguiente modo: la 1ª División, al mando del General Echeagaray, atrincherada en San Lorenzo; la 2ª, al mando del General Angel Trías, situada en Panzacola, á tiro de fusil del anterior; la 3ª, al mando del General Plácido Vega, en el pueblo de Santo Toribio; la División de caballería, que mandaba el General O'Horán, en las Haciendas de Palula y San Cosme, y la Brigada de la misma arma, al mando del General Cuéllar, inmediata á la 3ª División.

El Cuartel Maestre José M. Yáñez prevenía en la orden general del mismo día 7, que el Ejército se encontrara listo para moverse á la hora que se le mandase, y que los ciudadanos Generales Comandantes de las Divisiones librarán sus órdenes «para que tanto de día como de noche se tenga la mayor vigilancia, redoblando esta de noche.»

En tal estado las cosas, se presentó frente á San Lorenzo, sobre las lomas de Uranga que lo dominaban,

1 Obra en mi poder la minuta de esta carta.

2 Minuta original del Parte General rendido por el General Comonfort, ya citado.

3 Oficio donde el Cuartel Maestre transcribió dicha orden del día al General en Jefe del Ejército del Centro. Obra autógrafa en mi poder.

una fuerza enemiga compuesta de diez á doce mil hombres, al amanecer del día 8, en los momentos que el personal de la 1ª División «se hallaba pasando lista de diana,» cuando «aun no se acababa de atalajar los tiros de mulas.» Dicha fuerza, que se dividió en cinco grandes columnas á fin de circunvalar con cuatro á San Lorenzo y cortar con otra la retirada, era sobradamente suficiente para destrozar á la 1ª División, que tenía fuera del campo á doscientos hombres protegiendo una obra de fortificación pasajera, y cuyo Batallón de Rifleros de Nuevo León, una parte del 5º de Jalisco y otra del 3º Móvil, estaban sin municiones por haberlas consumido el día anterior y no haber recibido refacción aún: «de manera, que de menos de 2,000 hombres que tenía la División, no pudieron combatir por tales circunstancias cerca de 600 hombres, quienes fueron envueltos como los demas.»

A pesar de lo repentino de la sorpresa, la confusión consiguiente y la gran inferioridad numérica, resistió esforzadamente la 1ª División durante «hora y media,» mereciendo mención muy especial el jefe de la batería, Teniente Coronel Juan E. Guerra y sus oficiales, que prefirieron «correr la suerte de la guerra que cesar de hacer uso de sus piezas, para dar lugar á que se rehicieran nuestras tropas del cerro desordenadas en su mayor parte por tan inesperado y brusco ataque;» llegó un momento en que no hubo ya artilleros: entonces el indomable Teniente Coronel Guerra se sentó impertérrito sobre una de esas piezas y esperó con la espada en la mano al enemigo.

La 2ª División acudió con la mayor presteza posible á auxiliar á la 1ª; pero al aproximarse á San Loren-

zo, ésta comenzaba á huir en desorden confundida con el enemigo que la perseguía muy de cerca, y al cual, por lo mismo, la División auxiliadora no pudo combatir: sus fuegos habrían causado la muerte indistintamente á los fugitivos y á sus perseguidores y aun al General Comonfort, que no obstante que traía herido á su caballo, andaba denodadamente entre los primeros, esforzándose por alentarlos y detenerlos, cosa que consiguió; pues todavía pudo hacer que, parapetados detrás de unos tercios de víveres, batieran á las fuerzas victoriosas, hasta que reforzadas por una gruesa columna de infantería, se vió obligado el General Comonfort á ordenar la retirada de todas las tropas republicanas hacia Santo Toribio, adonde llegaron en los momentos que salía en su ayuda la 3ª División.

Desde San Lorenzo protegió la retirada el General O'Horán con la caballería de su mando, que principió por romper las filas enemigas para abrirse paso entre ellas, y tuvo después que contenerlas á vivo fuego durante tres horas, en un trayecto de dos leguas escasas.

Reunido el Ejército del Centro en Santo Toribio, continuó su retirada hasta la venta de Santa Inés, llamada también del Capulín. Allí dispuso el General Comonfort que el Ejército hiciera alto; lo formó rápidamente en batalla y, aunque agobiado por la fatiga y sin desmontar aún de su caballo herido, «recorrió las líneas al galope, escribe el Comandante General de Ingenieros J. M. Durán, victoriando á la Nación y al Supremo Gobº., cuyos vivas fueron contestados con el mayor entusiasmo por nuestras tropas:» «desde entonces comprendí, dice el mismo Gral. Comonfort, que el ejército estaba salvado.» Y efectivamente, aquella rápida

movilización y aquel entusiasmo detuvieron á las fuerzas francesas, que no osaron ya adelantar un paso ni reanudar su vigoroso ataque, por lo cual el Ejército republicano siguió en buen orden hasta llegar á Tlaxcala. I

En vista de lo expuesto, juzgamos que carece de razón el Sr. Bulnes al hablar tan despectivamente, como lo hace, del Ejército del Centro, que si bien fué víctima en su 1ª División de una sorpresa sensible, supo en cambio luchar y retirarse de una manera honrosa y detener osadamente al enemigo que lo perseguía de cerca, al cual había infligido con anterioridad dos derrotas bajo plena luz.

1 Minutas originales del Parte Especial que el General Comonfort dirigió al Supremo Gobierno el 8 de mayo y del Parte General fecha 12, ya citado, y Partes autógrafos dirigidos al General Comonfort por el Cuartel Maestro José María Yáñez, Jefe de División, Generales Echeagaray, Trías y Vega, Jefe de la Caballería, General O'Horán, Comandante General de Artillería Francisco Zérega y Comandante General de Ingenieros J. M. Durán. Todos estos documentos obran en mi poder.